

El debate sobre la democracia ateniense en la filosofía política francesa de los años 70 y 80 del siglo XX

José Sarrión Andaluz¹

Recibido: 30/05/2020 / Aceptado: 16/10/2020

El último libro de José Luis Moreno Pestaña ofrece una investigación concienzuda acerca de la recepción e interpretación de la democracia ateniense por parte de un elenco de autores franceses a lo largo de los años 70 y 80 del siglo XX, con especial énfasis en Foucault, Castoriadis y Rancière. En mi opinión, hay tres motivos fundamentales que hacen de esta obra un libro de tremendo interés para el presente.

El primer motivo de interés es que la cuestión de la democracia asamblearia ha entrado de lleno en el debate político de nuestro país, especialmente a partir de la emergencia del movimiento 15-M, que recientemente ha cumplido nueve años. Dicho movimiento, que supuso la politización súbita de una generación que hasta entonces se había caracterizado por su apatía política, propuso una impugnación al modelo político y económico hegemónico, que se sintetizaba en dos de sus lemas más populares: “No somos mercancía en manos de políticos y banqueros” y “Democracia real ya”. A mi juicio, este fenómeno, que marcó un antes y un después en la historia de España, ya constituiría por sí mismo una buena razón para la lectura y discusión de la investigación que ha desarrollado Moreno Pestaña en esta obra. El 15-M fue un movimiento sin cauces previos ni dirección definida, en el cual el medio era en buena medida el fin en sí mismo: la producción del debate en las plazas públicas, sencillamente para hablar de política. Sin embargo, dicho movimiento fue incapaz de pervivir en el tiempo. La casi total ausencia de normas procedimentales de las asambleas, producto del carácter espontáneo de las mismas, terminó generando discusiones eternas que terminaban creando sus propias dinámicas de liderazgos y el consiguiente estrechamiento de la participación en las mismas, dando lugar en ocasiones a lo que en el contexto de la Revolución Francesa se llamó la “aristocracia de los pulmones”. Más adelante se han sucedido diversos

intentos de canalización institucional de dicho movimiento, con diversos grados de éxito, que a su vez han terminado reproduciendo vicios clásicos del partidismo, tales como el surgimiento de camarillas, la imposición de “listas plancha”, la emergencia de nuevos liderazgos hiperpersonalistas, etc.

En este contexto, la obra de Moreno Pestaña resulta de tremenda actualidad. La tarea llevada a cabo en ella es un estudio muy riguroso del precedente histórico más importante de una democracia asamblearia, que el autor encuentra en la antigua democracia ateniense. Las imágenes dominantes acerca de dicha democracia son muy dispares, desde la mera celebración institucional hasta las visiones hipercríticas que se limitan a señalar las carencias de dicho modelo. Ciertamente, este segundo grupo de interpretaciones no está exento de interés, pues parece evidente que la democracia ateniense se hacía de espaldas a la participación de amplios sectores de la población: los esclavos, las mujeres y los metecos o extranjeros; si bien esta crítica puede matizarse con diversas apreciaciones que recoge este libro, y, por otro lado, es una crítica que puede hacerse extensible a cualquier sociedad antigua de carácter estatal. Sin embargo, hay elementos de mucho interés en la democracia asamblearia ateniense, que pueden servir para introducir discusiones políticas para la actualidad.

El segundo motivo de interés es que estamos ante un libro que se centra en cuestiones de organización política y estatal, temática que constituye uno de los grandes vacíos del padre de la tradición emancipatoria hegemónica a lo largo del siglo XX, esto es, Marx. Ciertamente Marx en diferentes ocasiones manifestó su pretensión de desarrollar un estudio sistemático acerca de la esfera política, si bien este no llega a ser desarrollado en ningún momento, al menos con la misma sistematicidad con que desarrolla su economía política. Aunque hay

¹ josesarrión@usal.es
Universidad de Salamanca
<https://orcid.org/0000-0001-9110-0549>

intentos tremendamente interesantes de reconstruir la teoría del Estado, como es el caso de la obra de Antoine Artous *Marx, el Estado y la Política* (Sylone, 1999), lo cierto es que la ausencia de una teoría del Estado y de un desarrollo sistemático, por parte de Marx, tuvo grandes consecuencias a lo largo del siglo XX. Como expone Antonio García-Santesmases en *Marxismo y Estado* (Centro de Estudios Constitucionales, 1986), dicha discusión se bifurcó entre las tradiciones que continuaron la visión marxiana del Estado como un consejo de administración de la burguesía (Lenin), y las tradiciones que constituyeron una concepción neutralista del Estado (caso de la Segunda Internacional), y encontró una sugerente renovación en las concepciones de Gramsci o, más adelante, en los trabajos de Miliband o Poulantzas en los años 60. Cabría reseñarse el Enfoque Estratégico Relacional de Bob Jessop, de raíz gramsciana, como uno de los intentos más actuales de reactivar esta discusión. La pluralidad de visiones acerca de la cuestión del Estado y la organización política en el seno de las tradiciones emancipatorias muestra el carácter abierto de este debate y es un segundo motivo de interés de la obra reseñada.

Un tercer motivo de interés es que estamos ante un libro cuyo autor, en su línea habitual, escapa de cualquier intento hagiográfico. El carácter coral de la obra ayuda a vertebrar un diálogo crítico entre los autores estudiados, principalmente Foucault, Castoriadis y Rancière. En este sentido, el libro se abre con un estudio acerca de las diferentes modalidades de comentario filosófico y un análisis crítico de la tradición escolástica (entendida en un sentido amplio) en la historia de la filosofía. Dicha apertura del libro ayuda al autor a desarrollar una posición crítica a lo largo de la obra, en la cual irá desgarrando las diferentes posiciones de los autores estudiados sin temor a enfrentarlas entre sí y a distinguir, al decir de Antonio Machado, las voces de los ecos, en la recepción acerca del modelo político ateniense.

Este libro conecta la democracia ateniense con la discusión político-filosófica de los años setenta y ochenta en Francia, en un contexto de crisis del marxismo post-sesentayochista, en el cual se están buscando nuevos modelos emancipatorios tras la crisis del paradigma emancipatorio dominante que era el marxismo, un momento que coincide en el tiempo con el intento de renovación en España del proyecto comunista por parte de Manuel Sacristán y su estudio de lo que él llamaba los “nuevos problemas postleninianos”.

En dichas décadas un conjunto de autores franceses mira a la Grecia ateniense en busca de nuevos modelos.

Pero no solo a esta. Hay también un aspecto que Moreno Pestaña destaca en su libro, a saber: que un punto de conexión de los autores estudiados es que parecen compartir una cierta vuelta al estudio del liberalismo. Así lo pone de manifiesto el autor en el caso, por ejemplo, de Rosanvallon, que en su defensa del socialismo autogestionario conecta a Locke con Marx, lo cual lleva al autor a entrever una suerte de contraposición entre liberalismo y capitalismo o una contraposición entre liberalismos. Es el caso también, a su modo, de Castoriadis, quien va a oponer la capacidad creativa del mercado frente al capitalismo. Y es el caso también de Foucault, que va

a contraponer la utopía liberal al Estado autoritario. En referencia a este último autor, el libro recoge de manera crítica los acercamientos que desarrolla Foucault hacia Milton Friedman en cuanto a su concepción del mercado como provisión de libertad del individuo, momento en el que Moreno Pestaña realiza una crítica de mucho interés, reprochándole su olvido de que las clases sociales son las que deciden finalmente la producción. Estas puntas en torno al estudio de la tradición liberal desde una visión emancipatoria parecen situar esta obra en una buena disposición para poder ser puesta en diálogo con *El eclipse de la fraternidad* de Antoni Domènech (Crítica, 2004), donde se contraponía la tradición republicana democrática a una tradición liberal basada en la defensa de la propiedad.

Pero yendo al objeto central del libro, lo que se rasatea como punto esencial de encuentro entre los autores estudiados es el interés de estos por la democracia ateniense.

Foucault realiza una aproximación crítica a dicha democracia, la cual encontrará, a su vez, críticas por parte de Moreno Pestaña. El primero se va a detener de una manera muy importante en las limitaciones que observa en la democracia ateniense, si bien busca en la Asamblea la potenciación de la individualidad.

Castoriadis, por el contrario, indaga cómo articular el poder colectivo en el ejercicio de un gobierno común y observa esa articulación, ese ejercicio de un gobierno común, en el equilibrio de la democracia ateniense, y considera además que estas reflexiones pueden contribuir al debate sobre la democracia económica, si bien Moreno Pestaña encuentra problemático su olvido acerca de la evolución democrática posterior a la etapa de Pericles.

En este punto Moreno Pestaña formula dos planteamientos que me parecen reseñables. En primer lugar, el autor propone proceder “al revés” de cómo actuaron los filósofos estudiados, es decir, partir de que lo hegemónico hoy ya no es marxismo estatista, como podía suceder en la cultura emancipatoria de los años setenta, sino que lo hegemónico hoy es más bien el neoliberalismo. Por tanto, una primera propuesta sería mostrar las inconsistencias del neoliberalismo: “¿Qué puede significar ser empresario en un mundo con distribuciones tan desiguales de la propiedad? El mercado no nos serviría aquí para criticar el exceso de gobierno -según el diagnóstico de Foucault-, sino el exceso de capitalismo. Obvio es resaltar la importancia de Castoriadis en esta tarea” (p. 118).

La segunda consideración que realiza es la necesidad -y estamos aquí ante un punto que recorre todo este libro- de procedimientos en un gobierno democrático para sacar a los individuos de lo que Castoriadis llama “el mal hacer”. Para Moreno Pestaña, el análisis neoliberal de los capitales de los sujetos visibilizaría precisamente la aportación individual a las realizaciones colectivas, frente a la disociación del individuo y el colectivo: “La disolución analítica de los capitales de los sujetos propuesta por los neoliberales es tan insatisfactoria como su teoría del capital humano. Mas tiene al menos una virtud: puede servir para visibilizar cuánto de aportación individual permite existir a las grandes realizaciones co-

lectivas: la explotación se legitima desconociendo la aportación efectiva de los explotados. Ciertamente es que, en conjunto, la disociación analítica se revelará una ilusión y se verá, de nuevo con Castoriadis, que es difícil separar qué resulta imputable a las unidades de decisión. Y, de nuevo, aparecerá la dependencia social del individuo en lo más íntimo de su actividad. Locke, por tanto, nos conducirá a bastante de Marx” (pp. 118-119).

En cuanto a Rancière, el libro documenta una doble aproximación al marxismo. Por un lado, va a detectar un principio totalitario que encuentra su raíz en la forma que tiene Marx de resolver la escisión entre individuo y ciudadano, la cual va a resolver a través de la victoria del proletariado, lo que Rancière calificará como una “metafísica sociológica”, que tiene dos consecuencias. La primera es la reducción de la política a la economía, un fenómeno bien conocido en una parte sustancial de la tradición marxista. La segunda consiste en la desconfianza, o consideración de ilegitimidad, ante cualquier forma de mediación política, en una especie de anarquismo que a mi juicio puede leerse, por ejemplo, en el Lenin de *El Estado y la revolución*. Ahora bien, como decíamos más arriba, el libro también documenta una segunda aproximación al marxismo, por parte de Rancière, que tiene un carácter más optimista: el marxismo descubrirá el conflicto precisamente donde la burguesía encuentra estabilidad y, por lo tanto, la democracia frente a la dominación sería una exigencia de la propia lucha de clases. En este sentido, Rancière va a hacer una continuación de la reivindicación aristotélica que hace Castoriadis, y para ello va a centrarse en el estudio de los mecanismos institucionales que nos permitan vertebrar una sociedad justa.

Como ya hemos indicado más arriba, el contexto de estas discusiones es el de la crítica al marxismo científico -que a mi juicio convendría ser calificado más bien como pseudocientífico, atendiendo a las críticas formuladas por Fernández Buey-, entre cuyas características se encuentra la consideración de la política como una especie de epifenómeno de la economía.

Hay que recordar en este punto que Marx, como recuerda este libro, tiene un importante aprecio hacia el pensamiento económico de Aristóteles. En primer lugar, por su comprensión del trabajo como trabajo abstracto y, en segundo lugar, porque muestra la adquisición de la forma social del trabajo, gracias a que el trabajo se compara con otros trabajos a través de un sistema de medidas. Pero Marx critica de Aristóteles que este considere los trabajos como esencialmente desiguales, frente al planteamiento marxiano de que los trabajos son esencialmente iguales en cuanto que son tiempo de trabajo socialmente necesario, es decir, como valor de cambio. Precisamente, Castoriadis va a tomar como un desafío político esto que Marx considera una carencia de Aristóteles: la igualación va a ser un objetivo político y no un fenómeno de hecho.

Como hemos podido ver hasta ahora, este libro presenta una importante densidad de estudio acerca de elementos políticos y filosóficos muy diversos y de tremendo interés, los cuales no podrían documentarse en una reseña. Como mera avanzadilla, mencionemos al-

gunos de ellos de modo esquemático. Cabe destacar las reflexiones acerca de los mecanismos de la educación política y de prevención de facciones, los cuales son una constante a lo largo de la obra. También podemos leer un análisis muy sugerente acerca de las críticas de Rosanvallon, de Veyne o de Foucault hacia la democracia directa. O la reivindicación, por parte de Moreno Pestaña, del estudio de Platón, un filósofo político antidemócrata que para el autor no plantea un modelo meritocrático, sino una epistemocracia que combina tecnocracia con la devoción por el líder.

Sin dejar de dar importancia a todas las puntas de este libro, centrémonos en su elemento nuclear: la *democracia ateniense*. En el caso de Foucault, este va a comenzar su estudio desde el análisis de la tragedia griega, el cual se va a efectuar en diversos momentos. El primero de ellos es el que dedica al análisis de *Edipo Rey* de Sófocles, en la cual Foucault observa la existencia de una verdad que, si bien la conocen los dioses, es ignorada por los reyes y enunciada por los hombres comunes (el servidor de Corinto y el esclavo de Tebas enuncian la verdad que termina condenando a Edipo). Un segundo momento de Foucault es el que marca su estudio de dos tragedias de Eurípides: *Ion*, muy importante por la noción de *parresía*, y *Orestes*, que va a demostrar para Foucault el triunfo de la demagogia.

Para Foucault la democracia exige varios elementos. Uno de ellos es la *parresía*: el hablar con franqueza, la capacidad de decir lo que no todos se encuentran preparados para escuchar. Y, por otro lado, tres dimensiones que se complementan: que el pueblo esté cualificado para ejercer el poder; que exista un conjunto de derechos iguales -la *isonomía* y la *isegoría*-; y, en tercer lugar, que cualquier persona pueda hablar en democracia. Partiendo del enorme interés de esta categorización foucaultiana, Moreno Pestaña es crítico con las posiciones de dicho autor. Si bien estas dimensiones y estos análisis que ofrece Foucault aparecen resaltados como de gran interés, la obra presenta una crítica a la concepción sesgada del francés acerca de la democracia ateniense. La lectura de Foucault presenta aspectos positivos en cuanto que nos habilita para discernir las desigualdades que lastran a una democracia formal, pero ignora aspectos históricos de carácter empírico que son fundamentales para enjuiciar dicho modelo.

En este sentido, Moreno Pestaña observa que Castoriadis hizo un acercamiento más certero, si bien tampoco carente de errores.

Moreno Pestaña destaca algunos elementos de la democracia ateniense, como la reforma de las tribus por parte de Clístenes, la cual enfoca como una suerte de republicanismo contemporáneo que se sustenta en mecanismos de control de las élites, por parte de los ciudadanos libres. Igualmente se destacan mecanismos como la rotación de cargos, el sorteo de magistraturas o el principio de rendición de cuentas.

El libro recuerda que el pensamiento conservador históricamente ha denostado a la democracia precisamente porque defiende la imposibilidad de una democracia sin dominación de unos pocos manipuladores, riesgo que afectaría especialmente a la democracia de

tipo asambleario. Precisamente por esta razón resulta de gran interés descubrir qué mecanismos históricos han existido para frenar esa manipulación, por parte de las élites, acerca de los mecanismos de democracia asamblearia. Y en ese sentido, esta obra nos presenta un elenco de elementos, algunos de los cuales son muy tenidos en cuenta por Castoriadis. Algunos de dichos elementos tienen un carácter organizativo de la propia ciudad-Estado: tal es el caso del Consejo de los Quinientos, las normas de funcionamiento de la Asamblea o la reforma del areópago. Igualmente, se destaca el principio de rotación de los cargos o lo que considera Finley los dos pilares de la democracia: el sorteo y el salario ciudadano dirigido a para incentivar la participación.

Foucault termina considerando que la democracia degenera hacia una oligarquía de notables, en una interpretación que Moreno Pestaña estima de inspiración weberiana. *Ion* nos habla de la restricción de una élite para poder hablar con *parresía* (en dicha tragedia se muestra cómo se niega la posibilidad de ejercer la palabra al rey extranjero, precisamente por ser considerado un extraño), mientras que *Orestes* expone la perversión de la Asamblea (en este caso, la corrupción del tribunal popular por un demagogo). En suma, para Foucault, la *politeia*, entendida como la constitución democrática, termina siendo restringida de manera inevitable por la *dunateia*, es decir, el ejercicio efectivo del poder que cae bajo la demagogia. Sin embargo, Foucault ignora los mecanismos de corrección que Moreno Pestaña desarrolla a lo largo del libro y que, en cambio, Castoriadis sí ha tenido en cuenta.

Castoriadis considera que hay tres grandes oleadas democráticas a lo largo de la historia, las tres con sus puntos de oscuridad. La primera sería la oleada de la Antigua Grecia cuyo punto oscuro sería precisamente la exclusión de esclavos, mujeres y metecos, las segunda ola la configuran las revoluciones burguesas, cuyo punto oscuro van a ser las relaciones de explotación, y la tercera ola sería el movimiento obrero socialista, cuyo punto oscuro será la deriva autoritaria. A pesar de la referida mancha de la primera oleada, Castoriadis es capaz de observar que Atenas fue un complejo sistema de participación política masiva que puede sernos de mucha utilidad hoy para reformular la participación política del presente.

En primer lugar, porque a lo largo de la evolución de la democracia ateniense, se van produciendo mecanismos de autocontrol social. En este sentido, un ejemplo que plantea esta obra es el hecho de que cualquier ciudadano puede acusar ante un tribunal popular a una persona que apruebe una ley que sea contraria a otra, al igual que por el hecho de presentar argumentos falsos para conseguir la aprobación de una ley. Como consecuencia de dicha denuncia, el promotor de dicha ley puede ser multado, incluso reiteradamente.

En segundo lugar, se destaca la transferencia de poder del areópago, un poder conservador de los arcontes, que va a empezar a democratizarse paulatinamente. En el año 487 a.c. este órgano ya empieza a designarse por sorteo y a lo largo de una serie de reformas se empieza a introducir en el mismo, cada vez más, a más clases so-

ciales. Concretamente, dentro de las cuatro clases sociales que conformaban la Antigua Atenas; en primer lugar, Efiltes en el 469 a.c. incluyó a las dos clases superiores; tres años después, en el 458 a.c., se introdujo a la tercera clase; y, por último, respecto a la clase más baja, si bien formalmente esta no llega a tener acceso, sí lo obtiene materialmente -de acuerdo a Aristóteles-, dado que por la vía de los hechos no se realizaba un control acerca de quién entraba en el sorteo de los cargos. Por lo tanto, el acceso de los ciudadanos de Atenas al areópago va a ser completamente democrático.

El tercer elemento lo configuran los salarios por participación, que guardan relación con una idea presente a lo largo de esta obra, a saber, la noción de motivación, fundamental para asegurar que la ciudadanía pobre pueda participar en la construcción democrática. Pericles va a desarrollar el primer salario de participación, dirigido a los tribunales. Posteriormente Clístenes desarrolló el Consejo de los Quinientos, que regía la ciudad entre Asambleas, también con un salario por participación. Y, finalmente, a finales del siglo V a. c., también se creó un salario por asistir a las Asambleas. El salario además fue en aumento a lo largo del tiempo, pasando de uno a dos óbolos y finalmente a tres.

En suma, la combinación del modelo del sorteo y el salario por participación produjo un aumento masivo de participación democrática que fue acompañado de un reparto del prestigio político a lo largo de la Asamblea.

De este modo, Atenas fue vertebrando un conjunto de normas dirigidas a impedir el control demagógico, por parte de unas élites, de la actividad política. Tal y como recoge esta obra, Finlay ha expuesto que la participación habitual en las Asambleas de Atenas era de un sexto de la población sobre un total de cuarenta mil ciudadanos hombres libres, lo cual parece una cifra indudablemente elevada. Máxime si se tiene en cuenta que había momentos puntuales en los que la participación era masiva, especialmente en las ocasiones en que se debía decidir acerca de ir a la guerra.

A todo esto hay que sumar la existencia de un cuórum: la obligatoriedad de un mínimo de participación para asegurar que las decisiones no pudieran tomarse sin contar con los sectores más pobres de la ciudad.

Así, frente a la pesimista consideración foucaultiana sobre la democracia ateniense, lo cierto es que existieron unos mecanismos democráticos que permitían aspectos como la rendición de cuentas de los dirigentes. La efectividad de dichos mecanismos quedó patente en ejemplos de frecuentes cambios de opinión de la Asamblea frente al criterio de oradores prestigiosos, como el caso del debate de Mitilene, en el que Cleón se halla en posición minoritaria prácticamente en el transcurso de un día frente a una Asamblea.

Estos mecanismos muestran la inconsistencia de la crítica foucaultiana, pero también del descreimiento de Castoriadis hacia la democracia ateniense posterior a Pericles, durante el siglo IV a.c. Si bien Castoriadis hace una defensa de la democracia en la era de Pericles, considera que lo que vino a continuación fue una decadencia marcada por la violencia, el ostracismo y la demagogia. A esto también se enfrenta Moreno Pestaña en

esta obra, quien considera, por el contrario, que el siglo IV es un siglo caracterizado precisamente por el desarrollo democrático. Frente a la afirmación de Castoriadis sobre el abuso del ostracismo, no parece que los hechos empíricos respalden esta realidad. El ostracismo era una práctica que apenas se utiliza en el siglo IV, estando más bien vinculada a la época de Pericles. Además, dicha condena exigía una votación con un cuórum de seis mil personas y no podía durar más de diez años. Respecto a la acusación de demagogia, el ya mencionado ejemplo de Mitilene parece hablar por sí mismo. Y respecto a la violencia, lo cierto es que el uso de la misma más bien cabe atribuirse a los oligarcas contra los demócratas, como acreditan las matanza que acompañó al golpe de Estado de Los Cuatrocientos o la que se produjo bajo el régimen de los Treinta Tiranos.

En definitiva, la tesis del libro indica que el modelo de democracia asamblearia ateniense parece aproximarse a la sugerente máxima de Rancière de que “el poder debe ser para quien no lo quiere”.

Las conclusiones de esta obra plantean algunas preguntas fundamentales, las cuales se intentan resolver en Atenas y que se plantean los tres autores centrales estudiados en la obra. En primer lugar, ¿qué conocimiento necesitamos para participar en política? Es decir, una epistemología política. En segundo lugar, ¿cómo motivar para la participación? Y, en tercer lugar, una cuestión de moralidad pública, ¿cómo penalizar a los defraudadores o a los mentirosos (a los sicofantes, como dice el autor)?

De Foucault se pueden resaltar las cuatro condiciones que plantea para la *parresía*. Primero, la condición de libertad. En segundo lugar, la necesidad de establecer medidas, de estar alerta, ante las desigualdades en materia de prestigio en la arena política. En tercer lugar, la misma precaución ante las desigualdades de conocimiento. Y, en cuarto lugar, la corresponsabilidad de las decisiones que se tomen.

De Castoriadis pueden tomarse elementos de tremendo interés, como el caso del análisis del sorteo, que si bien no llegó a ser formulado por dicho autor como una propuesta concreta para el presente, sí fue destacado por este debido a tres aspectos de su aportación: el conocimiento o epistemología política, la motivación para la participación y, de nuevo, la moralidad pública.

El libro finaliza con un conjunto de referencias a un sugerente trabajo de sociología cualitativa, terreno en el que Moreno Pestaña ya incursionó con éxito en *La cara oscura del capital erótico* (Akal, 2016). En este caso, lo que hace es tomara pie en un estudio de Ganuza y Font titulado *¿Por qué la gente odia la política?* (La Catarata, 2018). Lo que emerge de estos grupos de debate, a mi juicio, presenta un tremendo interés. Uno de los rasgos observados es la creciente desconfianza hacia los par-

tidos políticos, aspecto que puede tener consecuencias tanto esperanzadoras (como la posibilidad de emergencia de paradigmas de democracia directa) como desastrosas (por la contribución del desencanto hacia despolitización de la sociedad), reflexiones que también tienen su espacio en el último capítulo de este libro. En este sentido, una conclusión del mencionado estudio cualitativo es la creciente percepción de la participación como algo irrelevante, especialmente en un grupo de discusión compuesto por jóvenes entre treinta y cuarenta años, con nivel de estudios medio y bajo, y empleos precarios. A mi juicio, se trata de un fenómeno muy preocupante, que además parece coherente con la literatura científica disponible sobre esta cuestión.

Otro elemento que, a mi juicio, plantea el libro de un modo muy sugerente es la cuestión del riesgo tecnocrático. Al hilo con la tesis principal de la obra, Moreno Pestaña cita estudios recientes (que no podían estar a disposición en los años setenta y ochenta en Francia) que han demostrado precisamente que en Atenas había esclavos dedicados estrictamente a la gestión democrática. En mi opinión, la necesidad de un aspecto técnico en la gestión política es incuestionable, pero el riesgo de depositar la decisión política en manos de los expertos es hoy un fenómeno palmario y especialmente visualizable en los tiempos del COVID-19. Un problema que puede ser exportable a diversos desafíos del presente, tales como el desafío del colapso ecológico, ante el cual confrontan, por así decirlo, el paradigma del solucionismo tecnológico frente a un posible paradigma de una salida democrática y colectiva, es decir, política.

En conclusión, estamos ante una obra de tremenda actualidad. Moreno Pestaña ha logrado de nuevo hacer filosofía en un sentido clásico, practicar pensamiento filosófico riguroso para hablar de cuestiones del presente.

Se trata de un libro que nos habla de una triple conexión. En primer lugar, de un modelo de cultura participativa que en un momento histórico dado logró reglamentarse a lo largo del tiempo para evitar los vicios tendenciales inherentes a cualquier modelo asambleario. En segundo lugar, de la necesidad del reparto del conocimiento y del reparto del capital cultural para poder desarrollar una participación política y de carácter democrático. En tercer lugar, estamos ante un libro que pone un importante énfasis en la motivación; en la participación frente a la frustración, que es uno de los canales para la falta de participación política y que plantea la necesidad de una reglamentación frente a la oligarquía, tanto la de carácter económico como la de carácter político y cultural.

La coda final del libro es una reflexión acerca del 15-M, lo cual no hace sino confirmar la actualidad de una obra impecablemente documentada que realiza una reflexión clásica con valiosas aplicaciones al presente.